

V.

Mediterráneo á bordo del "Bolivia," Mayo 3 de 1888.

Sr. Director de «*El Pueblo Católico*.»

Leon.

Muy querido amigo:

Pongo á Ud. mi quinta carta relativa á la travesía del mar, de los peregrinos mexicanos, un dia despues de haber pasado por Gibraltar, y cuatro ántes de llegar á Nápoles. La cuarta la remiti ayer del citado Gibraltar.

Dije en mi anterior que llegamos á Nueva-York el dia 15. La precision de poner esa carta en el correo no me permitió agregar algo sobre impresiones del camino entre Niágara Falls y Nueva-York.

Habiamos salido de Leon en domingo, el dia 8, y llegábamos á Nueva-York, donde debiamos embarcarnos, en domingo, el dia 15 caminando dia y noche, sin más detenciones que las de Paso del Norte y el Niágara. Aépna amaneció y todo el mundo estaba en movimiento. Unos se aseaban, otros arreglaban su equipaje, y algunos sacerdotes se preparaban, creyendo llegar á decir misa.

Como caminábamos á una márgen del rio, presentábanse á nuestra vista perspectivas hermosísimas: ya eran pintorescas aldeas con casitas de arte caprichoso, ya cerros ó selvas feraces, ya el rio con sus embarcaciones de distintas clases, hasta que variando el aspecto de risueño en severo, arrebató nuestra aten-

cion Nueva-York, el emporio americano, presentándose en primer término el coloso Puente colgante.

Para la mejor inteligencia de mi relacion, debe notarse que muy cerca de Nueva-York y mediando solo el rio Hudson, hay dos ciudades que son como el complemento de aquella: una es Nueva Jersey y otra es Brooklyn, (se pronuncia Brúclin). El tren que nos conducía llegó á Nueva Jersey, de la que solo conocimos el restaurant donde almorzamos, pasando inmediatamente al bote ó férry-boat, que debía llevar la peregrinacion á instalarse en el vapor «*Bolivia*,» segun lo convenido con la Compañía; y como esto pasaba á las once de la mañana, no pudo tener lugar la misa de la peregrinacion en Nueva-York.

El férry-boat es una embarcacion muy distinta de las otras. Adaptado perfectamente al pavimento de madera del muelle, se pasa de este á aquel sin advertirse. De uno y otro lado hay grandes salones, uno para señoras y otro para señores, formando en medio una calle, donde se trasportan carruajes y donde iban los buldotes y equipajes de los peregrinos.

Se hizo pues la travesía del rio, pero no á la capital, sino á Brooklyn, que era donde estaba el buque. Con este motivo pudimos ver el delicioso paseo que por agua se hace de una á otra de las tres poblaciones vecinas, y precisamente á la hora que lo veíamos, iban y venian multitud de alegres botes y barquillas llenos de gente, cerca del mediodia, más que de ordinario por ser domingo. Pasamos frente á la pequeña isla de Bedloe donde está la colosal estátua de la Libertad que mide sin base y pedestal, 152 piés y que parece surgir de entre las aguas, formando el nudo de union de las tres poblaciones. Este pequeño paseo por agua fué

muy grato para todos nosotros, pues pudimos ver los bosques de mástiles que forman la multitud de buques que cruzan el Hudson, y que muchos de ellos se hallan adheridos á las tres poblaciones, especialmente á Nueva-York.

Llegamos á Brooklyn, subimos al muelle donde estaba el "Bolivia," é inmediatamente pasamos á instalarnos en el buque.

"EL BOLIVIA."

Este es un buque inglés de hélice y de tres palos, de los de la línea *Anchor*, que hace viajes periódicos entre Nueva-York y Liverpool ó Nápoles. Aunque no es de los más grandes, es de considerables dimensiones, pues mide 450 pies de largo. Carga 4,500 toneladas, ó sean 36,000 @. Para pasajeros de 1.^a clase tiene 60 camarotes con dos camas cada uno, un magnífico salon comedor, adornado con lujo, y otro de recreo, con piano y un pequeño órgano; un salon de fumar, bodegas, cocinas etc. En 2.^a y 3.^a clase cabe innumerable gente.

Al entrar al buque tuvimos dos decepciones: una fué la de que no había altar, ni el Ilmo. Sr. Portillo pudo arreglar con el Sr. Arzobispo de Nueva-York que se dijera misa á bordo, y la otra fué la de que no había la detencion prometida en Nueva-York. Muchos teníamos negocios en esa ciudad y casi todos debíamos proveernos en ella de cosas necesarias. Para negocios, de nada servia el día, pues en domingo está cerrado todo negocio en Nueva-York; y segun se dice, ni diversiones hay de ningun género. Muchos tomaron vapores para ir á dar un paseo á dicha Capital; yo me

reservé para hacerlo despacio á la vuelta, y entre tanto recorrí la poblacion en donde estábamos anclados que, como he dicho, se llama:

BROOKLYN.

Como yo no tenia antecedentes ningunos, no fué poca mi sorpresa al penetrar á esta poblacion, y encontrar una ciudad suntuosa, espléndida; casas que revelaban ser unos palacios de cuatro y cinco pisos, muchos templos, por lo que se ha llamado *la ciudad de las Iglesias*, bellos paseos, aparadores del comercio, que aunque cerrado, estaban descubiertas sus elegantes muestras. Lo que más se recomienda en esta poblacion es el cementerio de Greenwood que es muy celebrado, y los muchos parques enriquecidos con valiosos monumentos. Sobre todo, Brooklyn, es notable por el famoso puente colgante que la comunica con Nueva-York y que costó *catorce millones* de pesos. Pueden transitar por este puente personas á pié, ginetes, carruajes y trenes de ferrocarril sin estorbarse para nada. La poblacion es de ¡378,000 habitantes!

¡EN MARCHA, POR EL MAR!

A la una de la tarde del lunes habian vuelto las personas que tuvieron negocios más urgentes en Nueva-York, así como el Ilmo. Sr. Obispo que pasó allá la noche. El resto del día hasta las cinco se ocupó en arreglar y ocupar camarotes; y á esa hora se avisó que íbamos á partir. Nos reunimos en el salon superior y se entonó la Letania de los Santos con acompañamiento de órgano y se rezaron otras oraciones por el buen éxito de la navegacion.

Al partir el buque del puerto, estaba el mar tan tranquilo, que en muchas millas de camino, no se notaba movimiento alguno. El Sr. D. Celso Tinoco, que no habia oido el aviso de partida, despues que rezamos, como ántes dije, fué á mi camarote preguntándome:

—¿Pues á qué hora nos pondrémos en marcha?

—¡Ufl le dije, si desde ántes de rezar estamos caminando.

—Pues á mi me parece que aún está anclado el buque.

—Vamos á cubierta y verá Ud. Subimos, efectivamente, y entónce vió con sorpresa que íbamos ya muy léjos de Nueva-York.

En ese momento sonaban una campana, lo que se nos dijo que era la llamada á comida, y bajamos al comedor.

Voy á referir un incidente, para cuya inteligencia es necesario estar en antecedentes.

Habia gran disgusto en los pasajeros porque no se nos llevó á Nueva-York; porque al colocarnos en los camarotes no hubo consideraciones á nadie haciéndonos cambiar de uno á otro varias veces; porque la diferencia de idiomas y la falta de intérpretes, nos impedía entendernos con los aposentadores y camaristas; y sobre todo, porque ya en marcha supimos que el viaje por mar no seria de 10 ó 12 dias, sino de 21 ó 22.

Bajamos, pues, al comedor, y comenzaba la comida, cuando en una de las mesas oímos hablar en alta voz, cuando supimos de lo que se trataba, como movidos por un resorte, suspendimos la comida, nos pusimos todos en pié, y esperamos el desenlace.

Era esto: el Ilmo. Sr. Obispo se habia sentado á la ca-

becera de una mesa, y un mesero lo hizo levantar, para acomodar á otra persona extraña á nosotros. Se sentó en otra parte, y otro mesero lo hizo levantar de nuevo. El Prelado, bastante humilde y prudente, tomó asiento á lo largo de la mesa entre los demás comensales; pero cuando vió que á la cabecera se ponía una señora americana, se levantó en silencio y se fué á su camarote. Todo esto habia pasado casi desapercibido; pero cuando se notó la ausencia del Prelado, y se averiguó la causa, se produjo lo que pudiera llamarse una insurreccion. Con enérgicas razones se hizo comprender al Comisario del buque las vejaciones que se nos hacian, y sobre todo, las altas consideraciones que al Ilmo. Sr. Portillo se debian, no solo como Prelado de la Iglesia, de la cual éramos miembros, sino como jefe de aquella reunion de mexicanos por cuya cuenta se habia tomado el buque. El Comisario dió una satisfaccion y prometió toda clase de consideraciones al Prelado y á todos. Al sentarse este señor en el lugar de honor, hubo una salva de aplausos con lo que terminó el incidente. Despues hemos visto que esa protesta oportuna y enérgica nos sirvió mucho.

Por la noche se rezó el Rosario en comun, á la mañana siguiente la letania de los Santos, y así hemos continuado haciéndolo todos los dias.

LA MAR Y EL MAREO.

Al partir el 16 por la tarde, poco pudo verse del aspecto general del mar, por que habia oscurecido, y solo se veian las luces más prominentes de las grandes ciudades que dejábamos, desapareciendo como á las 10 las últimas que fueron las de los faros. Asomados al mar sobre cubierta y por la parte posterior del bu-

que, ó sea por la popa, pudimos ver la huella luminosa que va dejando el buque al cortar las olas, las que se deshacian en chispas de luz fosforescente.

Al volver á nuestros camarotes estaban hechas las camas por los camaristas, preparado el aseo de por la mañana con agua limpia y toallas, y encendida una lámpara colocada de tal manera que á la vez iluminaba el interior y el ambulatorio. Al día siguiente muy temprano todo el mundo estaba sobre cubierta para contemplar el mar. Estaba tranquilo y solo un ligero viento rizaba la superficie; el horizonte se limitaba como á ocho leguas de distancia, y en una circunferencia de ese radio no se veían más seres vivientes que los que contenía el «Bolivia» pues ni peces aparecían entre las aguas verdinegras, ni las graciosas gaviotas que pescando al vuelo acompañaban á los buques á gran distancia de las playas, veíanse ya. Después de haber contemplado la inmensidad del mar, la inmensurable profundidad del abismo sobre que bogaba nuestro buque, y la imposibilidad de un socorro humano en aquel inmenso desierto en caso de un siniestro, fui á ver las maniobras de la tripulación. ¡Con qué habilidad subían los marineros por los cables, hasta la extremidad de los palos más elevados! ¡Qué canto para nosotros tan lúgubre el de los trabajadores al templar las cuerdas! ¡Qué actividad en los cincuenta individuos que componían el total de tripulación! Creo que en un buque la tripulación entera no tiene un momento ocioso. En el «Bolivia» el Capitán en su gabinete estudiaba sus aparatos científicos, los oficiales dirigían los trabajos, los marineros, cuando otra cosa no tenían que hacer, aseaban la cubierta del buque, echando agua en abundancia y barriéndola en segui-

da, los cocineros en su oficio, los mozos y camaristas haciendo el aseo de salones y camarotes, y así todos.

El día 17 se pasó contento, con el mar tranquilo; el 18 comenzó á agitarse; y mientras unos veíamos con admiración los caprichosos movimientos y choques de las olas, otros sentían los primeros efectos del mareo: para el día 19 casi todos estaban caídos ó mal parados por el mal de mar, con excepción de algunos pocos, entre los que, por beneficio de Dios, me he contado yo.

Es una gran molestia el mareo, aunque no es de peligro, según opinan nuestros médicos peregrinos y el del buque; no es mal de muerte, pero el mareado cree morir, cuando menos de la falta de alimentos, pues se tiene una aversión irresistible á ellos; y personas hay que después de doce días de navegación, no se libran aún de los efectos del mareo. En los días más malos el comedor estaba casi solo; los que habían podido tenerse en pie, iban á escoger de los alimentos algo que les causase menos repugnancia, como nuestro compañero el Sr. Cura García que amargamente se quejaba de la condimentación inglesa y los señores Carpio y Tinoco que la pasaban con huevos tibios.

Pero las quejas más amargas salían de los pasajeros de 2ª y 3ª, pues al trastorno del mareo se juntaba la alimentación muy inferior, como era natural, á la de los de 1ª y que está adaptada para la gente sumamente pobre. Bajo las impresiones de estos últimos, y todavía con alguna exageración, sé que se están dando noticias al *Tiempo* de México.

En la monotonía de nuestro camino apenas hay algo extraordinario, pero esto merece mencionarse; cada vez que se encontraba un buque, si era conocido

del Capitan, solo se izaba la bandera de saludo; y si no, se izaban las que expresaban este mudo lenguaje: "Soy el Bolivia, inglés, vengo de Nueva-York; ¿y tú, quién, eres? y contestaba el pasajero á la pregunta. Pero una vez se encontró una fragata de guerra que debió parecer sospechosa á nuestro Capitan, porque preguntó: ¿quién eres? y aquella sin contestar, y acaso con algo que indicaba amenaza, preguntó á su vez: ¿quién eres tú?—E inmediatamente se izaron en El Bolivia más banderas de las acostumbradas, para dar una explicacion más extensa de la nacionalidad, propiedad y objeto de nuestro buque. Al pasar hubo el saludo de costumbre.

A los ocho dias se compuso el tiempo y todo revivió, y sonó alegre el piano, y con pocas excepciones todos están contentos, ocupándose en formar proyectos para la llegada á Roma.

Abril 30.—Hoy se anuncia que mañana veremos tierra y hay mucha animacion. A las cinco de la tarde se practicó la preparacion del Mes de Maria; rezó el Sr. Dr. Lara, canónigo de México, cantó misterios, salve y letania un coro de señores y señoritas y predicó el Ilmo. Sr. Portillo. El altar se improvisó en uno de los extremos del salon de recreo y la música fué de órgano.

Mayo 1.º—¡Tierra, tierra! Hace 15 dias que no veíamos tierra y al amanecer hemos visto las costas de Portugal. A muy larga distancia divisamos la costa de Finisterre, cuyo significado (fin de la tierra), recuerda que hasta allí llegaba el mundo conocido de los antiguos, y recuerda tambien al heróico Colon, atravesando el mar que nosotros surcábamos, en busca de un mundo que él habia adivinado.

Por una galanteria del capitan del buque. fuimos allegados muy cerca del Cabo de S. Vicente, donde pudimos admirar las robustas peñas y profundas grietas contra las que chocan las olas. En el punto más avanzado del cabo se levanta aislado y solitario un monasterio de severa y antigua arquitectura, de estilo español, vése tambien la gran torre sobre la cual está colocado el faro.

Al acercarnos pues á tierra, parece que la Religion sale al encuentro, invitando al pasajero á que salude allí al autor del Universo, en el augusto Sacramento depositado en el templo del citado Convento, que lo es de Dominicos. Nosotros, emocionados lo hicimos así, dándole gracias por habernos traído felizmente hasta ese punto. Nuestro vapor izó su pabellón, y luego la bandera de Portugal apareció sobre el castillo.

Vimos en seguida la poblacion llamada Lagos, y en torno nuestro, multitud de buques así veleros como de vapor y de distintas nacionalidades.

Por la tarde predicó en el ejercicio del Mes de Maria el Sr. Dr. Ibarra.

Mayo 2.—Este dia ha sido de grandes y variadas impresiones. El asunto de ellas y lo ya largo de esta, merecen que se les dedique carta por separado.

Adios, querido amigo.

J. M. V.



En horas de tormenta. (*)

¡Oh mar! que en agitado,
constante movimiento,
Con olas turbulentas
elevas un volcán,
Que se alza hasta las nubes
y luego, en un momento,
Desciende, y vá tu lecho
con impetu á azotar.

Y apénas se deshace,
de nuevo se levanta,
Montañas semejóndo,
de sucesion sin fin,
Que airadas se atropellan
con un furor que espanta,
Haciendo de mi barco
juguete baladí.

Así te estoy mirando
en tu grandeza absortó,
Rugiendo en mis oidos
la voz del huracán,
¡Cuán lúgubre! Parece
que, del Averno aborto
Salieron los precitos
sus quejas á exhalar.

(*) Tomado de "Impresiones de viaje" del Sr. Lic.
D. Ignacio Perez Salazar, miembro de la Peregrinacion.

Así te estoy mirando,
y enmedio de tu enojo,
No llega á apoderarse
de mi ánimo el pavor;
Que enfrenará tus iras
Aquel á quien me acojo,
De mi alma Creador santo,
De tu poder, Creador.

En el Atlántico, Abril 26 de 1888.



VI.

Mediterráneo, á bordo del «BOLIVIA» Mayo 5 de 1888.

Sr. Director de "EL PUEBLO CATOLICO."

Leon.

Muy querido amigo:

Mañana con el favor de Dios desembarcamos en Nápoles, en donde permaneceremos algunos dias para descansar de nuestras fatigas, y volver despues á caminar, hasta llegar á la suspirada Roma.

Dije en mi anterior que los acontecimientos del dia 2 merecian carta por separado, y á ellos dedico la presente.

Al amanecer el dia 2 de Mayo, el gozo no cabia en nuestros pechos; con el mar tranquilo y con un tiempo hermosísimo entramos al estrecho de Gibraltar, é ibamos viendo á la izquierda las costas de España, y á la derecha las de Africa. Nuestro intérprete, muy conocedor de aquellas costas, nos fué mostrando sucesivamente las poblaciones que se hallan á uno y otro lado. Las más importantes por la costa de España son: Tarifa, perteneciente á Andalucía, defendida heroicamente de los moros por Gusman el Bueno; Algeiras, tambien de Andalucía, y de aspecto morisco, como Tarifa, y por fin San Roque fundado por los Españoles en 1,704, despues de haber perdido á Gibraltar.

Por el lado de Africa se ve Tánger, puerto de los principales de Marruecos, y residencia de los ministros extranjeros; Ceuta, una de las grandes ciudades

de la antigüedad, Carteia y otras de ménos importancia.

GIBRALTAR.

Llegamos, como he dicho, el dia 2 de Mayo, á las ocho y media de la mañana á la Bahía de Gibraltar, donde nuestro buque debia surtirse de carbon y viveres, como lo hizo, poniéndose en contacto con una gran bodega flotante á manera de buque donde la Compañía *Anchor* tiene lo necesario para surtir sus vapores al pasar por Gibraltar.

Despues de haber recibido la visita sanitaria que hicieron el Capitan y el médico del Puerto, se nos dijo que podiamos disponer del tiempo restante hasta las 3, é inmediatamente doce compañeros tomamos una de las muchas barcas que fueron á solicitar pasajeros, siguiendo nuestro ejemplo otros muchos.

Es Gibraltar una gran ciudad, que perteneció á España y hoy á Inglaterra, por haberla ganado en una sangrienta guerra, y por cuya posesion los ingleses son hoy dueños de los mares adyacentes. Es un gran peñon, un baluarte, una fortaleza cubierta de ametralladoras desde la falda en que está la poblacion, hasta las altas cumbres de la montaña resguardada por 7,000 hombres.

Antes de llegar al muelle en nuestra barquilla, notamos que desde una altura de la poblacion un militar hacia movimientos rápidos, variados y precisos con una bandera roja en direccion á otro campamento, desde donde era contestado.

Es el telégrafo de los soldados, nos dijo el español patron de la barca; así se comunican fácil y violentamente.

Lo primero que hay que hacer á la entrada de la

poblacion es tomar un pasaporte, en donde se anota el objeto que lleva á ella el pasajero. Sin este documento se corre mucho peligro de ser molestado por la numerosa y vigilante policia que detiene al desconocido sospechoso. Hecho esto por nosotros, lo primero en que se pensó fué en ir á visitar un templo católico, y el guía que llevábamos nos condujo por la calle Real en la que de paso vimos grandes y elegantes tiendas de todas clases. Háblase el español por el gentío que transita las calles, y con pocas excepciones el inglés por los de esta nacionalidad. El aspecto de esta poblacion, la primera europea que hemos tocado, es muy distinto del de las americanas, y más adecuado al gusto mexicano, como de origen español.

Llegamos á la Catedral llamada *Santa María la Coronada*, y con cuanta devoción pudimos hicimos la visita al Santísimo Sacramento y á la Inmaculada Virgen. En seguida recorrimos el templo que es del tiempo de los españoles y que se conserva en su poder. Muy devotas imágenes, bellas pinturas y sumo aseó notamos en él.

Un sacerdote que salió á hablarnos tuvo grande gusto en conocer mexicanos, y nos dijo que arriba [ya se dijo que la poblacion está en un cerro] se estaba fabricando una nueva Catedral de estilo gótico; que el Sr. Obispo allá estaba, y que la Iglesia de Gibraltar era Vicariato apostólico.

El mismo sacerdote nos mostró un sepulcro muy venerado del Padre Narciso Pallares, que murió asesinado por un loco dentro de la misma Iglesia. Por las personas que oran junto á ese sepulcro, recordamos el de Ntro. Ilmo. Sr. Sollano en la Catedral de Leon, que siempre está rodeado de ñeas arrodilladas.

Salimos á ver algo más y nos dirigimos á la famosa Alameda, y digo famosa, porque todas las personas con quienes tratamos nos recomendaban la viéramos. Efectivamente, es digna de visitarse, pues allí el arte ha utilizado admirablemente á la naturaleza, y así se ven cascadas bellisimas, fuentes saltantes de enmedio de pequeños lagos, túneles artificiales, flores lozanas de toda especie, cercados de floridas enredaderas, estatuas monumentales con adornos bélicos, etc.

Ya dije que la montaña está erizada de piezas de artilleria, pero falta saber como están colocadas. Por una puerta rústica se entra al interior del cerro que está horadado hasta la cumbre y de trecho en trecho hay grandes troneras por donde asoman las bocas de gigantescos cañones, algunos de los cuales como los vimos en el Arcenal, deben medir seis ó más metros de largo, y los proyectiles de su carga, que son cónicos, á estar bien ahuecados podrian contener dentro un muchacho de diez años.

Para que se tenga mejor idea de lo que es el Peñon de Gibraltar, como se le llama á la gran roca, voy á transcribir estos datos curiosos:

"Esa roca formidable tiene cuatrocientos veinticinco metros de altura, descansando sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco metros de ancho por cuatro mil trescientos de largo. Parece un enorme Leon acostado con la cabeza hacia España. Su cara enseña los dientes: setecientos cañones rayados. Los dientes de la vieja, como se les llama! Una vieja que morderia muy recio si la molestaran. Así es que Inglaterra está tan sólidamente apostada allí como en Adem, en Malta, en Paulo-Pinag, en Hong-Kong; en todas esas rocas, en fin, de las que algun dia ayudadas

por los progresos de la mecánica, hará fortalezas giratorias."

Volvimos de esta expedición á un hotel español en donde nos encontramos con la dificultad de no tener moneda de circulación, pues la americana de que estábamos provistos, ni apreciada ni conocida siquiera era allí. Fué preciso pasar por un descuento de un cuarenta por ciento, que agregado al 30 que por lo ménos habia costado el cambio de la moneda mexicana, vinieron á salir nuestros pesos á 30 centavos. La moneda mexicana fué recibida con más aprecio que la americana.

Al salir del hotel pasaba una tropa que fué preciso detenernos á ver. Nunca he visto un porte más elegante y marcial que el de aquellos soldados ingleses: todos jóvenes, bien parecidos, vestidos de paño azul el pantalón, y una chaquetilla ó frac encarnado, chaleco blanco y morrion de reluciente bronce con penacho de pluma y escudo en la frente. Llevaban el rifle en la mano derecha tendido horizontalmente. La marcha no tiene el compás preciso y como automático de nuestras tropas; es más libre, sin que por eso sea desordenado.

Las calles están todas embanquetadas con una argamasa especial, y el centro adoquinado y levantado por enmedio, como los empedrados de México. Los mercados muy aseados; el de carnes, por ejemplo, tiene mostradores con planchas de mármol, y limpios lienzos.

La Alameda divide dos poblaciones: la del Sur llamada Europa y habitada por españoles; y la del Norte, Gibraltar, puede llamarse una ciudad cosmopolita, pues aunque los ingleses la ocupan militarmente, allí

viven españoles que son los más abundantes, ingleses, judíos y africanos en gran número. Estos últimos distingúense por su raro traje de holgados calzones, largos mantos blancos y abultados turbantes.

A las dos de la tarde tomamos de nuevo nuestras lanchas para volver al buque, que partió para Nápoles á la cinco.

FELICITACION.

Nuevas y distintas impresiones nos esperaban: Ese día era el cumpleaños del jefe de la expedición, del Ilmo. Sr. Obispo Portillo. Con este motivo se improvisó una velada literaria que tuvo lugar en el salón-comedor, que es el más amplio del buque. Este fué adornado con jarrones de flores y con profusión de bujías; concurren todos los pasajeros de 1^a, 2^a y 3^a clase, y bajo un dosel, formado de las banderas del buque, se hizo sentar al Sr. Obispo; estando á sus lados el capitán y el Sr. Dr. Lara Canónigo de México. Se dieron varios discursos en español, francés, inglés, italiano y mexicano. Este último fué del Dr. Lara, quien dijo que ya que por mexicanos se hacían sonar en medio de los mares los principales idiomas del mundo, que se oyera también el dulce idioma indígena en que la Sma. Virgen habló á Juan Diego. Entre las poesías merecen especial mención las del Sr. Abarca, Canónigo de Morelia, y del Sr. Lic. Salazar, de Puebla.

Fueron por todas doce piezas literarias alternadas con las de canto y música de piano, algunas acompañadas de clarinete.

El Ilmo. Sr. Obispo contestó en un sentido discurso los que se le dirijieron, y por las alusiones hechas al capitán, por las muchas consideraciones que tuvo

con los mexicanos, el Comisario contestó en inglés, traduciéndolo su discurso después en castellano.

En los siguientes días solo tuvimos de notable uno bastante malo, al pasar el Golfo de Leon, recayendo casi todos los mareados. Después caminamos con un tiempo bonancible sobre un mar azul, como es el Mediterráneo, perfectamente en calma.

Sucesivamente se predicó en el Mes de María, por el Sr. Canónigo Abarca, por el que esto escribe y por los P. P. Arriola y Zúñiga.

Amaneció el día siete, el suspirado día del desembarque, y desde muy temprano, todo el mundo estaba sobre cubierta gozando de antemano y admirando las fértiles costas de Italia. Son cerros continuados sin grande vegetación, pero que la mano y la industria del hombre explota y hacen ricos.

Yo no sé cómo podrá hacerse, pero es el caso que los montes más altos están cubiertos de verdes viñedos, perfectamente cultivados.

Desde muy temprano todos los pasajeros y toda la tripulación nos pusimos en movimiento; nosotros arreglando equipajes yendo y viniendo, subiendo y bajando del camarote á la cubierta, y viceversa, arrojando al mar ropa y objetos ya inútiles, pasándonos de mano en mano los anteojos marinos, ávidos todos de descubrir á Nápoles; la tripulación del buque, se ocupaba en asear y adornar el interior; otros levantaban los mástiles, templaban las cuerdas, vestían de blanco los palos, preparaban las banderas y ponían en fin de gala El Bolivia.

Por último, á la una se descubrió el famoso volcán

del Vesubio, con su mechón de humo, y á las cuatro se veía perfectamente la población de Nápoles.

Querer describir nuestro gozo en estos instantes, sería tarea imposible!

Nosotros, entre quienes había muchos que por primera vez habíamos visto el mar, que habíamos caminado en él 22 días cuando se nos había dicho que no pasarían de 12; que teníamos un mes de viajar por tierra y por agua, cuánto necesitábamos del descanso de la tierra, por más que nuestro viaje fuera feliz como ninguno. Reunidos todos y de frente á Nápoles, entonamos un *Tedeum*, solemne por las circunstancias, porque lo presidía el Sr. Obispo y por la emoción con que se cantaba.

A poco penetramos á la hermosa bahía del puerto, y anclamos á muy poca distancia del muelle, cruzando por entre otros muchos buques que allí estaban.

Inmediatamente se desprendió una multitud de pequeños botes y barcas para trasportarnos á tierra; y cuál fué nuestro gozo cuando en una de aquellas embarcaciones vimos al Ilmo. Sr. Montes de Oca, acompañado de dos familiares, con su traje eclesiástico en el que figura el sombrero romano! fué saludado con un palmoteo de manos y con el canto del himno nacional á cuyas demostraciones contestó el Sr. Obispo con saludos de su sombrero. Tras él llegó el Cónsul mexicano, el bondadoso Sr. D. Enrique Angelini. Ambos Señores entraron al buque, recibimos su bienvenida, y el segundo tomó nota de lo que por dé pronto necesitábamos, yendo en seguida á prepararnos alojamiento en hoteles á propósito en Nápoles; al día siguiente partieron para hacer lo mismo el Sr. Angelini en Roma.

Nuestro primer contacto con los napolitanos fué en

gran manera desagradable. Ya se nos habia dicho que el escrutinio de equipajes era muy severo, pero nunca creímos que lo fuera en el grado que experimentamos. Allí el tabaco es perseguido hasta la exageracion: un compañero pagó una onza de á 20 pesos por cinco ó seis cajas de puros, otros, 5, 6 ó 10 pesos por puros sueltos; 7 pesos por un cajón de chocolate, y así hubo que sufrir otras exacciones, con su agregado de majaderías y violencias.

Yo creo que en resumen, más vale que se estanque el tabaco, y que se cobren fuertes derechos á objetos de lujo ó de vicio, en vez de gravar como se grava en nuestra patria todo lo necesario para la vida, dejando libres aquellos artículos; pero esto de Nápoles, es el extremo de la exageracion.

A las ocho de la noche estábamos instalados en distintos hoteles. El Ilmo. Sr. Portillo, otros veinte compañeros y yo, nos alojamos en el *Hotel Vesubio*, con vista al mar, y al gran volcán de donde toma su nombre el hotel. A las 11, desde el 5.º piso á donde habíamos subido por ascensor; en el silencio de la noche, desde el balcon contemplábamos casi á nuestros piés las luces flotantes de los barqueros pescadores que hacian su provision de pesca para el dia siguiente, y las rojas llamas que de tres en tres minutos vomitaba el Vesubio.

De Nápoles con sus templos, palacios, museos, costumbres etc., del Vesubio y de las ruinas de Pompeya hablaré en otra vez.

Adios, querido amigo.

J. M. V.



EN EL DIA ONOMASTICO

DEL ILLMO. SR. OBISPO FR. BUENAVENTURA PORTILLO,
JEFE DE LA PEREGRINACION MEXICANA A ROMA,

(Del Sr. Lic.D. Ignacio Perez Salazar.)

Animosos dejamos nuestros lares,
E impulsados por fé rendida y tierna,
Vamos cruzando los inmensos mares
Hasta arribar á la Ciudad Eterna.

Porque está allí del Salvador Divino
El Pontífice egrégio y soberano;
Y nos conduce próspero el destino
A su augusta mansion del Vaticano.

Vámos allá con infinito anhelo,
De cariño filial en tierna muestra,
A recibir la bendicion del cielo,
Que nos imparta su sagrada diestra.

¡Cuán inmensa será nuestra alegría
Al ver tornarse en realidad un sueño!
Que era sueño de ardiente fantasía
Un viaje realizar tan alhagüeño.

Mas para dar á tal empresa cima
¿Quién marca nuestro paso vacilante?
Y ¿quién nos fortalece y nos anima,
Y nos conduce con anhelo amante?

¿Quién es nuestro Pastor? ¿Quién nuestro guía?
¡Quién, si no Vos! dignísimo Prelado,
Que tan alta misión Dios os confía,
Honra del mexicano Episcopado.

Y la llenais con admirable tino,
Que vuestro dulce y apacible trato
Se ha captado el amor del peregrino,
Que ha de guardar de vos recuerdo grato.

Por eso rebotando de alborozo
Celebramos alegres vuestra fiesta,
Queriéndoos tributar llenos de gozo,
Una prueba de afecto manifiesta.

Por eso en vuestro fausto natalicio,
Con el alma de afecto conmovida,
Pedimos al Señor que os dé propicio,
Salud y bienestar y larga vida.

A bordo de "El Bolivia."
En el Mediterráneo, Mayo 2 de 1888.



VII

Paris, Junio 17 de 1888.

Sr. Director de "EL PUEBLO CATOLICO."

Leon.

Muy querido amigo:

Ni en Nápoles ni en Roma me ha sido posible escribir, y para poner la presente necesito sacrificar un tiempo precioso, atendida mi corta permanencia, para ver siquiera lo más prominente, en esta gran Capital.

Continuando el asunto que tomé en mi carta anterior que remiti de Nápoles, voy á referir á Vd. las impresiones que hemos tenido y cuanto más ha llamado mi atención en esa opulenta ciudad: empezaré por hablar del

CARACTER DE LOS NAPOLITANOS.

Ya dejé indicada en mi anterior la conducta observada con los mexicanos por los empleados de la Aduana, y esa avidéz por el lucro, ese espíritu de especulación sin pararse en medios, es en mi concepto una faz muy notable del carácter napolitano.

Al salir de la Aduana el día de nuestra llegada, después de los trabajos pasados en ella, dimos con un grupo de hombres que á gritos nos proponian el hotel á que querian conducirnos, quitando de la mano los equipajes ó llevádo á remolque los mozos que los conducian. Algunos compañeros, que no estaban prevenidos para este incidente, fueron á pasar la noche en algun *hotel taberna*. Al salir del patio de la Aduana